BRÚJULA COTIDIANA
Director Riccardo Cascioli
HECHOS PARA LA VERDAD

100 AÑOS DE PCC

Los católicos chinos se ven obligados a “celebrar” a sus perseguidores

LIBERTAD RELIGIOSA 25_02_2021

Stefano Magni

El año 2021 es el centenario del nacimiento del poderoso Partido Comunista Chino, que gobierna férreamente con poder (absoluto) en la nación más poblada del planeta. Para la ocasión, que se celebrará el 23 de julio (fecha de la fundación del Partido, en

Shanghai), los católicos chinos han recibido directrices precisas del régimen. Un programa “pastoral” que en realidad es político y pretende transformar la Iglesia en un megáfono de la propaganda del Partido.

Como ya hemos contado anteriormente en este periódico, con la aprobación de las nuevas medidas administrativas para el personal religioso, los sacerdotes son fichados, vigilados y transformados en funcionarios del Estado de hecho. Podrán ser expulsado de sus funciones religiosas todos aquellos que no se alineen con las directrices principales, a saber, “amar a la patria, apoyar la dirección del Partido Comunista Chino, apoyar el sistema socialista, respetar la Constitución, las leyes, los reglamentos y las normas, practicar los valores fundamentales del socialismo, adherir al principio de independencia y autogestión de la religión y adherir a la política religiosa de China, manteniendo la unidad nacional, la unidad étnica, la armonía religiosa y la estabilidad social”.

En este contexto, se espera que para julio de 2021 los sacerdotes abracen plenamente las celebraciones de la Fiesta. Según un informe de la agencia *Asia News*, los católicos de China celebrarán un simposio “en memoria del centenario de la fundación del Partido Comunista Chino” y profundizarán en “los conmovedores acontecimientos del periodo de la Larga Marcha”, el mito fundacional del Partido, es decir, la larga retirada hacia el norte del ejército comunista de Mao, perseguido por las fuerzas nacionalistas durante la guerra civil, entre 1934 y 1935. Las directrices son anticipadas por la revista católica oficial *La Iglesia en China*, que en el mismo artículo menciona también otras muchas iniciativas, como “cursos de formación en colaboración con el Instituto Central del Socialismo”; cursos de preparación para la reunión nacional “de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino”; la “construcción de la Asociación Patriótica”, es decir, la Iglesia oficial china, fiel al Partido y controlada por él.

Esta serie de iniciativas pretende someter ulteriormente a la Iglesia al Partido, socavando aún más la intención del acuerdo entre China y el Vaticano, que reconocía, al menos teóricamente, al Papa como cabeza de la Iglesia. Pero el asunto adquiere rasgos verdaderamente grotescos también desde un punto de vista estrictamente cultural, porque los católicos, los sacerdotes en primer lugar, se verán obligados a “celebrar” a sus peores perseguidores. El comunismo chino, al igual que el soviético, ha sido sistemática y violentamente ateo desde el principio. Se sabe relativamente poco sobre la primera década del comunismo (1921-1931), también porque el Partido aún no tenía un territorio propio que administrar. Las historias de brutalidad sin precedentes se remontan a las primeras ocupaciones del territorio en 1927 y 1928. Los templos taoístas

y sus monjes fueron las principales víctimas, perseguidos si no se sometían al Partido. En los primeros estados comunistas reales de China, el creado entre Jiangxi y Fujian de 1931 a 1934 y el más duradero de Shaanxi, después de la Larga Marcha (1935-1945) surgieron con dramática claridad todos los métodos que luego caracterizarían al régimen de Mao Zedong: colectivización de la tierra mediante la persecución y eliminación de los "campesinos ricos", supresión de toda forma de libertad personal, creación de un verdadero culto marxista, inculcado desde la escuela primaria, regimentación de la sociedad en las organizaciones del Partido desde la infancia. Con el paso del tiempo, el marxismo se fusionó con un verdadero culto a la personalidad promovido activamente por Mao. Las ejecuciones sumarias, llevadas a cabo en público después de los juicios "populares", las sesiones de autocrítica, el uso sistemático de la tortura para sonsacar confesiones de las que se podían extraer muchas otras condenas, fueron métodos muy comunes, especialmente en las dos grandes purgas de 1930-31 y 1942-43. En esta fase de la historia del comunismo, la persecución de la Iglesia católica y de los cristianos protestantes no fue más que un capítulo marginal, tanto porque las zonas de alta densidad cristiana no habían sido ocupadas, como porque los enemigos prioritarios eran otros: los campesinos "ricos", los espías nacionalistas reales o presuntos y los comunistas no alineados con Mao. Posteriormente, desde el inicio de la guerra con Japón, también eran enemigos los colaboracionistas reales o presuntos. Sin embargo, el Partido no ocultaba que estaba contra todas las religiones, consideradas un residuo feudal que debía ser demolido.

La primera gran persecución contra los cristianos, los católicos en particular, tuvo lugar en los años 50, al día siguiente de que Mao tomara el poder. La primera víctima no fue un sacerdote o un misionero, sino un asesor militar italiano, Antonio Riva, detenido en 1950, junto con el japonés Ryuichi Yamaguchi, acusado de conspirar para matar a Mao. La ejecución de Riva tuvo lugar en público, en Pekín, cerca del Puente del Cielo, el 17 de agosto de 1951. El "juicio" sirvió principalmente para manipular e influenciar la opinión pública china contra el Vaticano. "Mao estaba muy interesado en el Vaticano –sostienen Jung Chang y Jon Halliday en su biografía no autorizada del dictador-, particularmente en su capacidad de inspirar devoción más allá de las fronteras nacionales; los visitantes italianos eran a menudo acribillados con preguntas sobre la autoridad del Papa. La perseverancia y eficacia de los católicos alarmó al régimen, que utilizó el falso episodio del intento de asesinato (del que se había acusado a Riva, *ndr*) para acelerar la toma de las instituciones católicas, incluyendo escuelas, hospitales y orfanatos. Una campaña de desprestigio muy exagerada acusó a las monjas y a los sacerdotes de una serie de actos atroces, desde el asesinato puro y duro hasta el

canibalismo, pasando por los experimentos médicos con bebés".

La gran purga de católicos, uno de los episodios de la campaña más amplia contra los "contrarrevolucionarios", condujo a la extinción casi total de la Iglesia en China. De 1950 a 1955, el número de misioneros católicos en el extranjero descendió de 5.500 a una decena. Una vez que los misioneros fueron expulsados o encarcelados, habiéndose liberado de los testigos autorizados, los comunistas pasaron inmediatamente a la persecución de los católicos chinos, que entonces eran unos 3 millones. Según las estimaciones del Libro Negro del Comunismo, sólo en 1955 fueron detenidos 20.000 católicos. En los años siguientes las detenciones fueron del orden de cientos de miles.

También de 1966 a 1976, en los años de la Revolución Cultural, los católicos volvieron a ser objetivo del régimen comunista. En aquella ocasión ni siquiera los católicos oficiales, los de la Asociación Patriótica, se salvaron de la furia de los guardias rojos. Poco se sabe aún de la década más turbulenta de la China comunista. *Asia News*, recuerda en un artículo del sacerdote Sergio Ticozzi algunos de los innumerables episodios de violencia y martirio, iglesias devastadas y saqueadas, sacerdotes y monjas asesinados por odio a la fe. La intención de la Revolución Cultural era explícita: erradicar la fe para imponer el culto maoísta, que a estas alturas se había convertido en una verdadera religión. Al menos el actual Partido Comunista admite que la Revolución Cultural fue un paréntesis negro en su historia, aunque algunos de sus rasgos siguen vivos, especialmente desde que Xi Jinping llegó a la presidencia. La propia transformación de la Iglesia en megáfono de la propaganda del Partido, la reeducación sistemática de quienes no se alinean con las directrices oficiales, la destrucción de iglesias y la retirada de cruces, la mutilación de edificios religiosos o su transformación en centros sociales del Partido, son características que hoy se justifican con la "sinización" de la religión, con el deseo de crear un "cristianismo con características chinas". Pero cuando se obliga a los fieles, incluso en sus propias casas, a retirar los símbolos religiosos y las imágenes de Jesús para sustituirlos por retratos de Mao o Xi Jinping, sigue siendo la continuación de la Revolución Cultural, aunque con otros métodos. Es una historia que se repite, precisamente porque no se puede estudiar. Y los católicos chinos, testigos directos de la persecución comunista, no sólo no pueden recordar a los mártires, sino que ahora también se verán obligados a celebrar las hazañas de los verdugos.